

Arquitectura fin de siglo

Miguel Ángel Baldellou
(texto y fotografías)

El siglo que ha terminado propicia una reflexión sobre el tiempo pasado y el por venir.

Desde la arquitectura, la mirada a ese tránsito convencional parece confirmar la consolidación de algunas tendencias emergentes. Atendiendo a su fondo, no son finalmente más que rebrotes, adaptados a las circunstancias, de viejas obsesiones.

A pesar de los profundos cambios que, en la sociedad más poderosa, parecen anunciar la inmediata "telépolis", la arquitectura sólo parece capaz de introducir las nuevas tecnologías como anexos, en ningún caso incluirlas en un pensamiento proyectual que, intelectualmente, se nutre del pasado. Tanto la noción de tiempo como la de espacio no parecen independizarse de la experiencia ya tenida. La posibilidad de "imaginar" otras nuevas, se mueve lentamente en el reino de lo virtual mientras las pasiones siguen siendo las mismas. Construir otra realidad parece pertenecer, de momento, al campo de lo visionario. El que las actuales posibilidades permitan construir estructuras extraordinariamente complejas o faciliten concretar formas casi "impensables", no debe ocultar la realidad de un pensamiento débil en su fondo. El punto de equilibrio en tensión que hace emotiva la forma y por ello capaz de proponer nuevos modos de habitar los recuerdos antiguos, sigue siendo patrimonio de muy pocos.

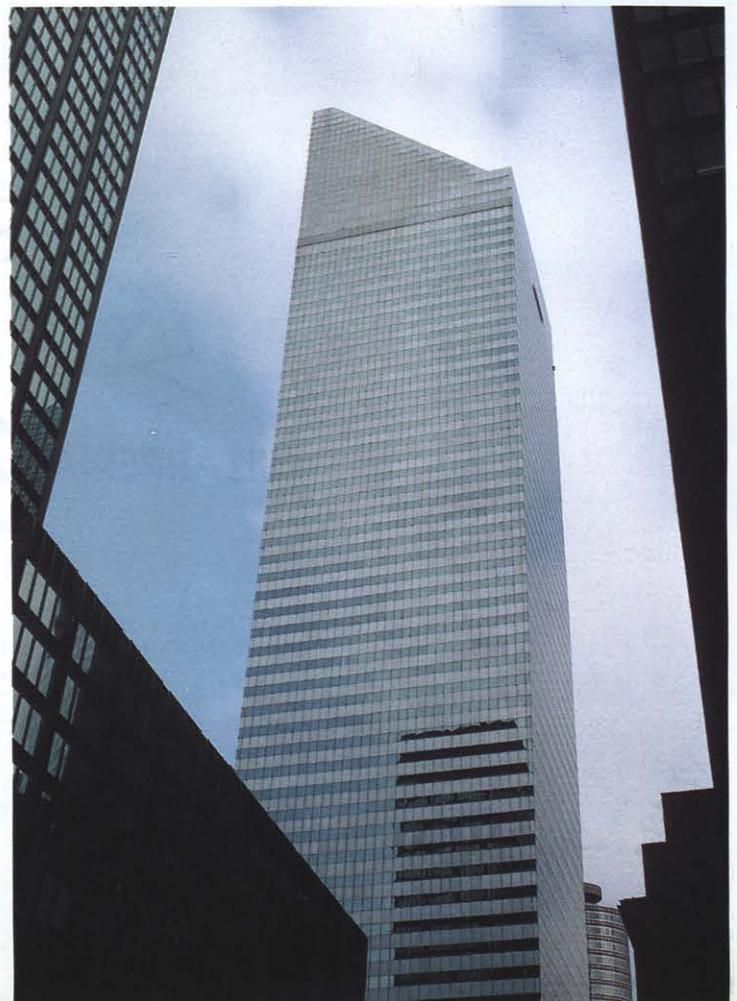
Por otro lado, los cultivadores del "simplemente menos", refugiados en la mística minimalista, parecen contradecir el furor milenarista por expresar el horror al vacío.

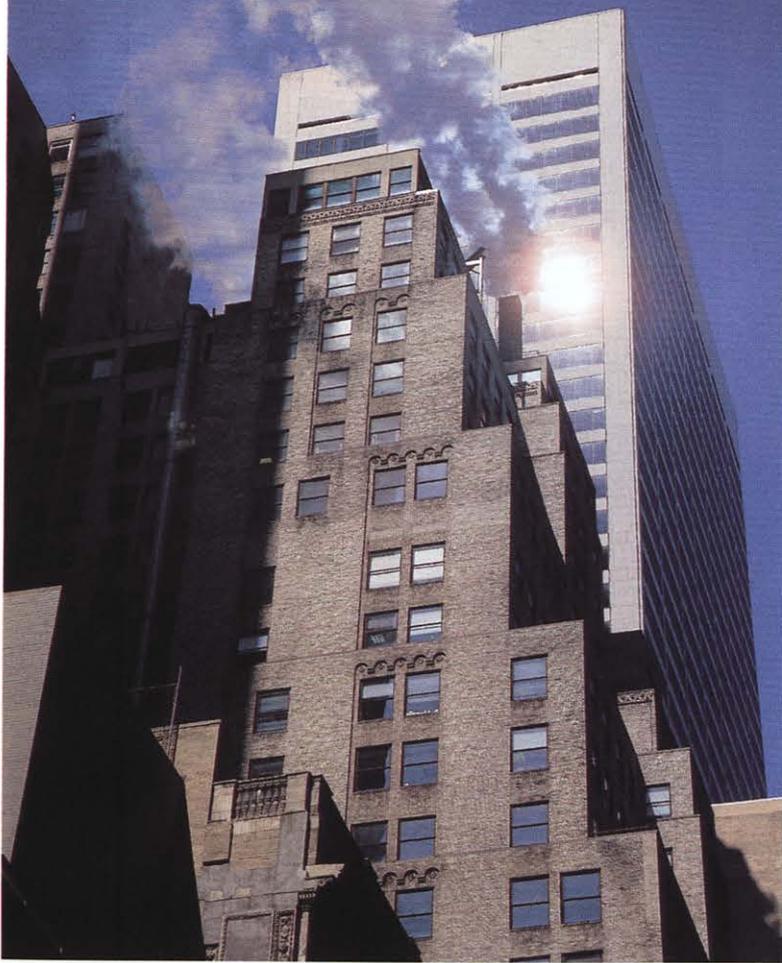
Estas formas, por exceso o por defecto, de proponer sentimientos en el fin del milenio, ejemplifican las actitudes extremas y opuestas con las que una supuesta sociedad global da cuenta de un paisaje que camina hacia el absurdo. El afán por proponer sin escuchar, parece instalarse con insistencia en un medio profesional ensimismado, en el que la prisa por quemar etapas sin explorar las propias experiencias es una característica común a varias generaciones.

Tampoco parece asumirse la existencia de la crisis. Ya pasaron, al parecer, los tiempos heroicos en los que desde su constatación teórica se pasaba a una praxis liberadora de las malas conciencias. Ahora, ni siquiera éstas parecen necesarias ante un panorama tentador. Tan confuso como inocuo en apariencia. ¿Qué fue de la ética pregonada como motor de un cambio, al parecer sobrevenido? ¿Y si la calma, que precede a la tormenta, que invade la somnolencia general de la arquitectura y de los arquitectos, se rompiese sin aviso?. No se adivina, en ese caso, como sobrevivirá la arquitectura, adormecida y ofuscada. Es precisamente cuando no parece urgente cuando hay que estar prevenido. Tantos años de autocomplacencia y disputas estériles han impedido madurar una arquitectura generalmente aceptada y coherente. A cambio, se ha dilapidado la herencia de la primera mitad de siglo. La tensión, la capacidad de disfrutar con el ejercicio, ha sido sustituida por el estrés de la competición compulsiva. Quizás sea la prisa con la que se pasa por las experiencias ajenas, descontextualizadas, la causante de la frágil memoria sobre las propias.

Aunque se pueden encontrar excepciones notables a esta situación generalizada, es cierto que tienden a ser marginadas por la corriente general. Arquitectura testimonial sin posibilidades de ser entendida en la vorágine dominante.

Si los arquitectos de principios de siglo viviesen para verlo quizás





retitulasen sus objetivos y nos anunciaran una nueva arquitectura, esta vez universal y sin raíces. Y en todo caso adivinasen virulentos rebrotes, compensatorios, de regionalismos miopes. En el fondo, no tan distinto. En la forma, del todo.

El fin de siglo parece la consecuencia de un proceso que se viene gestando desde su tercio final, a mi entender. Los últimos años pudieron representarse ejemplarmente en la dicotomía Tafuri-Venturi. Tras el pulso inicial, se veía quien iba a vencer en ese duelo. Estaba escrito. Los acontecimientos posteriores fueron acelerando un trámite de disolución cuyos últimos episodios pueden hacernos entender como final de trayecto lo que quizás sea sólo otra etapa.

Echamos de menos la estatura moral de unos líderes posibles y creíbles.

No me parece casual, en este contexto, cómo tantos arquitectos en este último trayecto han soñado en hacer realidad lo que en origen fueron utopías. Entre ellas, el edificio más alto, el "rascacielos", que ocupó las mentes más lúcidas y supuso un enorme esfuerzo formalizador, ha pasado de ser un tótem simbólico a convertirse en pieza de consumo. Las multinacionales de la especulación han encontrado en esa aspiración del esfuerzo colectivo, un argumento susceptible de manipulación casi infinita. Tienden a ser piezas de coleccionista Kitch.

Cuando en 1922 el Chicago Tribune convocó su concurso, rechazó significativamente las propuestas prototípicas y consagró la confusión de una forma tan indefinida como sus objetivos. Se inició probablemente en ese momento un proceso, aun en marcha, de pérdida del aura mítica de la forma simbólica más soñada por el arquitecto. Podemos referir a la torre-rascacielos nuestras incertidumbres "fin de siglo". El cambio en los modos de percibir, en tiempo y espacio, y el punto de vista ya no exclusivamente ligado al suelo, han alterado nuestra conciencia visual del rascacielos. En cualquier caso ya no es lo que era, una visión primordial tan ligada al origen como el mito de la caverna. Frente a la oscuridad, la vertical levantada sobre el suelo, hincada en él.

Las nuevas ciudades emergentes de sueños milenarios o ciudades "inventadas" en África o en Asia, fecundadas "in vitro", en América y Europa, olvidan su memoria y se unifican en bosques de rascacielos reflectantes, como gafas que ocultan la mirada, inquietantes. La transparencia buscada en los años 30 ha sido suplantada por los reflejos. La ciudad de los espejos está transgrediendo los límites de la forma. La pérdida de "consistencia" masiva devuelve la espacialidad al vacío sin forma (residual e intersticial de Norberg Schulz).

Mirando alrededor, sin embargo, observamos que al margen de esta imagen, más mediática que real, las cuestiones básicas permanecen.

La reivindicación de la conciencia individual y del trabajo común como objetivo, en la base de la justificación de la profesión de arquitecto, se sienten como una inquietud colectiva por mucho que los medios intenten ocultarla y pomocionen apariencias y vanidades. Olvidada en la práctica, también en la docencia, acude sin embargo a la memoria, ahora que doblamos un siglo, aquel esfuerzo pionero por inventar otra vez la arquitectura, desde dentro y desde antes.

Parece que no hubiésemos alcanzado la madurez a pesar de haber perdido la inocencia.■



